vinetur

Iberia Atlántica

El adelanto de las vendimias altera el ciclo de la vid y amenaza la supervivencia de las variedades autóctonas

martes 17 de noviembre de 2026

ESCRITO POR CARLOS LAMOCA PÉREZ



Noviembre y aún con calor. No termina de apagarse el fuego. Qué viejuno y desfasado suena ya eso de “Sol y playas”. Año tras año, llegan olas y olas de un calor africano insoportable a esta nuestra Iberia compartida. Un fenómeno que ha comenzado a empujar hacia norte-poniente el maná del turismo y que inevitablemente, comienza a preocupar a los aborígenes de las zonas señaladas por el signo de la migración del jolgorio.

Es evidente que, el ecosistema está cambiando. Esta nación nuestra, cada día más multicultural, cada día más diversa, ha atraído a gentes y gentes en busca del señuelo de una juventud eterna inalcanzable en los países del frío. La invasión humana, la masificación de las ciudades, el encarecimiento de la vida, quizá el hastío de un primer mundo en eterna búsqueda de la irresponsabilidad, ha comenzado a hacer huecos en el paraíso invadido. Y esto, empieza a cambiar.

Cierto es que la influencia mediterránea ha sido y es aún lo suficientemente fuerte como para llegar a anular o casi anular cualquier otra manifestación socio-antropológica en esta Iberia de nuestros amores. Pero la realidad es que tenemos al otro lado de la mediterraneidad, unas costas, unas islas, unos territorios, en fin, cuya esencia se asoma al infinito de un océano, un día tenebroso, hoy vehículo imprescindible para acceder al centro del mundo occidental. Unos territorios, claramente, meridianamente, atlánticos. Una Iberia atlántica. Una Iberia históricamente apacible, callada, pero no muerta.

Estamos aquí. Seguimos estando aquí a pesar de la condescendencia con la que, no falta ocasión para ello, nos tratan las conveniencias de la otra Iberia. Estamos aquí. Y seguiremos estando en esta tierra “vaciada”. Simplemente porque, esta tierra “vaciada” sigue pensando que es preferible estar vacío que no invadido y por ello, nunca va a caer en el error de considerar que las aglomeraciones, que el abarrotamiento humano, son signos de modernidad y calidad de vida. Pero siendo el fenómeno de la invasión turística un problema de convivencia, que lo será, para gentes que, secularmente, han vivido en sus placenteras aldeas galas ajenas a los negocios de los tour-operadores, es otro el problema que, desde hace unas campañas, ha empezado a preocupar en los sectores agroalimentarios y más concretamente en el sector vitivinícola: El cambio climático que se está produciendo en las viñas. ¿Cambio normal? ¿Anuncio de un periodo de calentamiento progresivo del planeta? Qui lo sa…..

Llega octubre y las cepas, desorientadas, siguen vivas, quizá esperando una nueva primavera en el inevitable invierno que vendrá. Ante esto, ante este “sindios” climático, corremos el riesgo de cosechar uvas locas, vinos locos, vinos sin padre ni madre. Hemos tenido que adelantar la vendimia otro año más. La bodega requiere más refrigeración, más energía, más costes. Y no es eso lo peor. Los agricultores, otrora

potentes en la trinchera de una oferta siempre corta para atender una demanda disparada, han visto caer los precios de la uva por debajo de las referencias de los Consejos Reguladores y así poder salvar los muebles del incendio provocado por la caída del consumo.

No sabemos cómo reaccionará la cepa autóctona a la asfixia de estos veranos sin fin. Probablemente se esté produciendo ya una selección natural de las más fuertes, a estas agresiones del clima, pero ¿cuántas caerán? ¿Cuántas tendremos que embarcar hacia otros terruños atlánticos en busca de un entorno semejante al que, aquel día, tuvimos? ¿Lusitania, siempre olvidada? ¿Cuántas y cuántos quedarán en el camino?